

cer, y culpádmelo luego si me equivoco en mis planes.

Alvarado cedió á las instancias de Marina pero no dejó de estar sobre aviso, impidiendo á sus soldados que permaneciesen fuera del cuartel, sobre todo desde el anochecer.

Capítulo XIII.

La fiesta de los mitotes.

Llegó el día en que debía celebrarse la fiesta de los mitotes.

La gran plaza de Tlatlelulco presentaba un aspecto deslumbrador.

Las tiendas estaban cerradas, y ocultas bajo telas de algodón de vistosos colores.

Las mejicanas habían tejido guirnaldas de flores y hojas, y en torno de la plaza las habían colgado caprichosamente, dándole un aspecto fantástico.

Como los conjurados sabían cuál iba á ser el desenlace de aquella función, hicieron que la emperatriz y sus dos hijos se trasladasen á Tacuba, para que no sufriesen las consecuencias del combate que iba á tener lugar.

Desde muy temprano se reunieron en el centro de la plaza de los juglares y los músicos de Motezuma.

También acudieron los mejicanos más adiestrados en los juegos que debían celebrarse.

En torno suyo formaron animados grupos los habitantes de Méjico, y no pocos de las cercanías.

Es imponderable el lujo que para aquella solemnidad habían desplegado.

Desde el último vasallo hasta el más noble señor, todos llevaban joyas de oro de más ó ménos valor, y en mayor ó menor cantidad.

Los rayos del hermoso sol que alumbra aquella animosa escena, hacían que la plaza apareciese como un inmenso mosaico cubierto de piedras preciosas.

Aquel lujo se había desplegado de expreso para llamar la atención á los españoles, y excitar su codicia.

En un momento dado debían las mujeres retirarse y los hombres acudir á buscar las armas para dar principio á la pelea.

Eran los mejicanos diestros gimnastas.

Maravillaba la soltura y la gracia con que ejecutaban todos esos juegos que hoy nos sorprenden tanto en los circos.

Los atletas sostenían á veces hasta diez ó doce hombres, unos encima de otros.

La mayor parte de ellos paseaban, bailaban y saltaban con un hombre en cada hombro, y á veces hasta en cada mano.

Daban saltos mortales con precisión y soltura.

Mientras verificaban estos difíciles ejercicios, reinaba en la plaza un gran silencio.

Todas las miradas estaban fijas en los actores, y al terminar comenzaban las músicas.

Entonces en cada grupo se entonaba un arcito, recordando las proezas de los antiguos emperadores, y las innumerables batallas en que habían conseguido el triunfo los mejicanos.

Al final del arcito se reunían las mujeres y bailaban acompasadamente, haciendo mil contorsiones y figuras caprichosas para dar descanso á los juglares.

Los sacerdotes asistían también á la fiesta, recordando al pueblo la misión que debían desempeñar aquel día, para que la distracción y el júbilo no entibiasen su odio á los españoles.

Serían las doce de la mañana, cuando empezó á levantarse un sordo murmullo entre la muchedumbre.

—Motezuma no viene,— se decían unos á otros.

Cada cual comentaba á su manera la ausencia del emperador, y no faltó quien instigara al pueblo para que fuera al cuartel de los españoles á buscarle.

El motivo de la ausencia era el siguiente.

El día anterior había pedido á su palacio sus mejores joyas y sus más ricas galas para asistir á la fiesta.

Alucinado por las indicaciones que le había hecho Guacolando acerca del espíritu de su pueblo, del amor que le profesaba y de los deseos que tenía de verle, había llegado hasta á olvidarse de su cautiverio,

y creyéndose libre, ni siquiera pensó en anunciar su resolución á Pedro de Alvarado.

Este, convencido ya del intento de los mejicanos, vigiló de cerca á Motezuma, y llegó á pensar que era cómplice de los propósitos de sus nobles, al ver que se disponia á asistir á la fiesta sin contar con su vénia.

Habia ya hablado á los oficiales y á los soldados que tenía á sus órdenes, y todos esperaban en guardia el momento de la lucha.

—Motezuma se dispone á partir,—dijo Marina á Pedro de Alvarado,—y es necesario evitar á toda costa que pase el dia entre sus vasallos.

Llamó Alvarado á un oficial y diez soldados, y sin prévia licencia, entró en el aposento de Motezuma, precisamente cuande el emperador acababa de engalanarse.

La presencia de Pedro de Alvarado con aquella fuerza le sorprendió.

—Tengo que hablaros,—dijo el capitan español al monarca.

—Hablad cuanto gustéis.

—Nos conviene á los dos que sea á solas.

Motezuma despidió á su servidumbre.

Alvarado mandó á sus soldados que saliesen de la estancia; pero sin alejarse mucho.

—Ya presumo lo que vais á decirme—exclamó Motezuma.

—¿Lo presumís?

—Por un olvido involuntario, he dejado de par-

ticiparos mi propósito de asistir á la fiesta que hoy celebra mi pueblo: os habeis alarmado, y deseais explicaciones. Os las daré.

—No son explicaciones lo que vengo á buscar,—dijo Alvarado.—Vengo á manifestaros que consideramos vuestra presencia hoy en la plaza de Tlatleulco como un rompimiento del pacto que habeis firmado con nuestro jefe Hernan Cortés.

—¿Qué decís?—exclamó el monarca lleno de asombro.

—Os digo, aunque con harto sentimiento, que si no accedeis á mis súplicas, tendré que emplear la fuerza para impedir que salgais de aquí.

Motezuma se indignó.

Retrocedió dos pasos, miró á Alvarado, y al hallar en frente de sus ojos los del capitan español, que revelaban en aquel momento lo reuelto que estaba á sostener su palabra, dominándose Motezuma:

—Explicadme por qué motivo deseais impedir que yo acceda á los ruegos de mi pueblo.

—¿Quereis saber las causas que me obligan á evitarlo? Pues bien; os las diré.

He descubierto la infame intriga que se ha tramado contra nosotros,

—¿Qué sabeis? ¿Qué intriga es esa?

—¿Os haceis de nuevas?

—Explicaos, porque no os comprendo.

—Me explicaré para que os convenzais de que no es tan fácil como parece sorprender á los españoles.

El pueblo mejicano, que ha empezado á reunirse

en la gran plaza de Tlatlelulco para celebrar una gran fiesta, instigado por vuestros consejeros, por vuestros amigos, por los nobles del imperio, prepara un atentado contra nosotros.

—No es cierto; yo aseguro...

—Todas las casas próximas al palacio que ocupamos están llenas de armas, y vos vais á salir para ponerlos al frente de vuestros vasallos, aprovechando la circunstancia de vernos aquí en tan escaso número para destruirnos.

Pero no podreis; he tomado mis medidas, y vuestras esperanzas quedarán defraudadas.

Al mismo tiempo Hernan Cortés me enviará un ejército numeroso para que me ayude en mi empresa, y nuestra venganza será horrible.

Motezuma miró fijamente á Alvarado.

—Todo cuanto decís es una impostura,—le dijo.

—Estoy seguro de ello.

—Yo estoy seguro de mí mismo,—repuso el monarca,—y juro por mi honor que si existen semejantes propósitos, no soy cómplice de ellos, y se han tramado contra mi voluntad.

—Un medio teneis de demostrármelo.

—¿Cuál?

—Acceder á mis ruegos; quedaros aquí,—dijo Alvarado.

—Me quedaré,—exclamó Motezuma.—No quiero que digais que he faltado á mi palabra; me quedaré, y si mi pueblo, indignado al ver que soy el único monarca que falta á esa festividad quiere culparos, yo

asumiré toda la responsabilidad, yo me presentaré á sus ojos como el único culpable.

Y así diciendo, comenzó á desprenderse de las galas conque se habia adornado, llamó á uno de sus servidores, y le encargó que avisase á Guacolando.

El pueblo, que empezaba á cansarse de esperar á su rey, supo que Motezuma habia llamado á su primer ministro, y aguardó con ansia el resultado de aquella entrevista.

Para evitar que se descubrieran sus planes, dispusieron los teopixques que continuasen los juegos y los bailes, atenuando de este modo la impaciencia de los mejicanos.

Capítulo XIV.

Donde se vé cómo se rompieron las hostilidades entre españoles y mejicanos.

Guacolando acudió al llamamiento de Motezuma.

—He resuelto,—le dijo el monarca,—no asistir á la fiesta.

—¡Cómo, señor! ¿Habeis tomado esa determinacion? Vais á dar un dia de luto á vuestro pueblo.

—Si son ciertas mis noticias, él es el que quiere perderme.

—¿Qué decís?

—Vais á ser leal conmigo. ¿Qué proyectos abrigais contra los españoles?

Guacolando retrocedió algunos pasos al verse descubierta.

—¿Con que no me han engañado?—añadió Motezuma.—¿Con que habeis conspirado contra mis ami-

gos, contra mis huéspedes, á quien he jurado fidelidad y proteccion?

—Señor,—exclamó Guacolando,—el pueblo está indignado al veros en su poder, y quiere á toda costa arrancaros de sus manos.

—Recurriendo á la fuerza, ¿no es verdad? ¡Ah! Es necesario que ahora mismo partais en busca de los que han concebido ese descabellado plan.

Si no renunciáis á él, si la fiesta no continúa, yo saldré á ponerme al frente de mi pueblo; pero no para atacar á los españoles, sino para perseguiros á vosotros, mis desleales consejeros, y daros el castigo que mereceis.

—Obedeceré vuestras órdenes. Pero los españoles saben...

—Lo ignoran todo,—dijo Motezuma.—Yo solo sé vuestro plan, porque nada de lo que pasa en Méjico se oculta á mi penetracion.

Es necesario que ellos ignoren siempre ese infame proyecto, porque tendrian derecho para despreciarme, al ver que mientras ha habido muchos he sido fiel, y cuando han sido pocos he consentido en ser traidor.

Guacolando, resuelto como estaba á jugar el todo por el todo, al separarse de Motezuma corrió á buscar á sus amigos.

El pueblo al verle le acosó á fuerza de preguntas.

Guacolando se dirigió al templo de Huitzilopochili, en donde estaban esperando los jefes de la conjuracion.

—Motezuma ha sabido todos nuestros planes, — les dijo.

—¿Y los aprueba?

—No; los rechaza, los condena.

—Tanto peor para él.

—Ha resuelto no asistir á la fiesta, — añadió Guacolando.

—Esa resolucion irritará al pueblo, y lo tendremos mas de nuestra parte.

—Si; pero es que ha amenazado con ponerse á la cabeza de los mejicanos si intentan asaltar el cuartel donde habita, no para atacar á los españoles, sino para perseguirnos á nosotros, porque ya sabe quiénes somos los que hemos combinado la sorpresa que preparamos á los extranjeros.

—Cuanto intente hacer, eso será tarde, —dijo uno de los conspiradores.

—Mejor seria desistir.

—¡Desistir! —exclamaron la mayor parte de los circunstantes.

—De ningun modo; es necesario decir al pueblo que Motezuma no asiste á la funcion, porque los españoles se lo han prohibido; y ya que está todo preparado, consúmese nuestro proyecto.

—Sea en buen hora, puesto que así lo quereis, —dijo Guacolando, doblegándose á la voluntad de la mayoría de aquella asamblea; —pero tened presente que los españoles ignoran nuestro pensamiento.

—Razon demás para dar el golpe.

—¿Y qué debemos hacer?

—Permanecer aquí nosotros para dar órdenes.

Llamar á aquellos de nuestros amigos que tienen influencia sobre el pueblo, decirles que estén prevenidos para concitarle al combate, referirles lo que pasa, y hacer que reanimen el valor de sus hermanos, presentando á sus ojos en extremo aflictiva la situacion de Motezuma.

Así lo hicieron, y mientras conversaban en el templo los encargados de llevar á cabo el plan de la conjuracion, se oyó de pronto un sordo rumor entre la muchedumbre.

Aquel rumor lo produjo la llegada de los españoles, que guiados por su capitán Pedro de Alvarado, se dirigieron á la plaza de Tlatlelulco prevenidos, pero aparentemente movidos por la curiosidad del espectáculo.

Apenas llegaron á la plaza, los espías de los conjurados entraron en el templo para anunciar su llegada.

—¿Qué actitud presentan? —preguntó Guacolando.

—Van armados como de costumbre; pero parece que no les mueve la curiosidad.

—En ese caso, lo que conviene es que continúen los juegos para distraerlos, y mientras tanto que vayan poco á poco los mejicanos á cojer sus armas, para que en el momento en que nos vean á todos presentarnos en el pórtico del templo ataquen á los españoles, y mientras unos luchan con otros se acerquen los demás á su cuartel, penetren en él, saquen á Motezuma de allí, y consigan el triunfo.

Estas órdenes se obedecieron.

Los agentes de aquellos conspiradores previnieron á sus amigos.

Los juglares continuaron sus vistosos ejercicios.

Los españoles, que aguardaban de un momento á otro la embestida, se retiraron á un punto desde el cual podían luchando retroceder en caso necesario hasta su cuartel.

Alvarado habia dejado algunos soldados prevenidos para defender la entrada, y en las calles del tránsito tenia tambien escalonados algunos hombres para que le guardasen las espaldas.

Serian las cinco de la tarde, cuando las mujeres empezaron á alejarse.

Uno de los españoles, que expiaba las casas del barrio próximo al cuartel, anunció á Pedro de Alvarado que muchos mejicanos entraban en las casas, sin duda para proveerse de armas.

Hemos dicho antes que habian asistido á aquella funcion todos los mejicanos adornados con las más ricas joyas.

Alvarado conoció que por una parte la sorpresa, y por otra la esperanza de lucro en sus soldados, eran los únicos medios de obtener el triunfo.

Acercándose á ellos, les dijo:

—Se aproxima el momento de castigar á estos infames, que desean destruirnos; rico botin os ofrece la victoria.

Ya veis cuántas joyas, cuánto oro llevan encima esos hombres y esas mujeres.

Si les cogemos la accion, huirán aterrorizados.
¿Estais dispuestos á luchar y á vencer?

Todos contestaron afirmativamente.

—Pues bien; diseminémonos ahora, mientras acababan los juglares los ejercicios que están haciendo.

Apenas terminen dispararemos los arcabuces sobre la muchedumbre.

Todos avanzaremos hácia el centro, retrocediendo despues hácia nuestro cuartel, para si vinieran mal las cosas, poder retirarnos á él y hacernos allí fuertes.

Las órdenes de Pedro de Alvarado fueron obedecidas.

Diez minutos despues terminaron los juglares los ejercicios, y comenzaron las músicas á llenar el espacio con sus desacordados sonidos.

La música cesó instantáneamente, porque á un tiempo dispararon cincuenta hombres sus arcabuces sobre la muchedumbre, y sorprendidos los mejicanos, comenzaron á correr espantados, confundiéndose con sus voces los ayes dolorosos de los que habian quedado heridos en el suelo.

Las detonaciones, las carreras, las voces, sorprendieron á los conspiradores que se hallaban en el gran templo.

Todos se presentaron en el pórtico, y al ver lo que pasaba, corriendo á calmar á los que huían, gritándoles todos:

—A buscar armas y á luchar con ellos.

Los que volvian armados hicieron frente á los españoles.

Muchos de los que habían huido corriendo á buscar armas.

Los soldados de Pedro de Alvaro mataron más de doscientos indios, se apoderaron de sus joyas, y parecían resueltos á luchar contra aquella numerosa masa de hombres, que no tardó en presentarse á su vista.

Alvarado conoció cuán difícil iba á ser destruir aquella numerosa falanxe de mejicanos, y ordenó la retirada, logrando, gracias á su pericia y al alcance de sus armas, entrar en el cuartel con toda su gente, cerrar las puertas, hacerse fuerte desde allí, y contener el impetu de los desesperados mejicanos, que á toda costa querían saltar el edificio, gritando:

—Dadnos á Motezuma, dadnos á nuestro rey.

Motezuma corrió á buscar á Pedro de Alvarado apenas supo lo que pasaba.

—Dejadme presentarme á mi pueblo; mi presencia le calmará;—exclamó.

Pedro de Alvarado desoyó sus súplicas, y temeroso de que su presencia excitase más el odio de los mejicanos, le obligó á que volviera á su habitación y le encerró ella, poniéndole centinelas de vista.

Los jefes del iritado pueblo comprendieron que los españoles, libres de sus flechas, y disparando sus arcabuces, matarían mucha gente, y dieron orden para que cesase el ataque.

Las hostilidades estaban rotas.

El pueblo necesitaba venganza.

Motezuma había abandonado á los mejicanos.

Una vez las cosas en este estado, el príncipe de Iztacpalapa, que aunque no de una manera ostensible dirigía la conspiración, dispuso que se formase el vacío en torno del cuartel de los españoles, y que mientras tanto permanecían encerrados, agotando sus víveres, se dispusiesen todos para sitiar aquel fuerte y realizar el plan que entonces había fracasado.

Desde el momento en que Alvarado supo los planes de los mejicanos, avisó á Hernan Cortés, pidiéndole refuerzos.

Nuestros lectores recordarán en qué situación confió Ilbialbi á Hernan Cortés lo que pasaba.

El jefe del ejército español, sin dormirse sobre los laureles que acababa de obtener, se dispuso á correr en auxilio de Pedro de Alvarado.